

Milagro de abril

Sindy Johanna Alvarez Sánchez

Lunes 5 de abril de 1995, en el frío de una noche nariñense, una de aquellas en las que respirar no es un acto inconsciente, sino que sientes cada molécula viajando por tu cuerpo, en cada inhalación, y los cuerpos se juntan para compartir calor, para decir que no estamos solos, ni solas en un acto de entrega, de confianza, de complicidad.

Son alrededor de las tres de la mañana y los dolores empiezan. Hace casi nueve meses, dos almas se encontraron en el acto más puro y salvaje que pudo darnos la naturaleza, la forma más genuina de cohabitarnos los unos a los otros. Pero hoy, el sudor es distinto.

Tras algunos intentos por solucionar todo en el hogar, es momento de emprender camino hacia el hospital y vivir en cámara lenta los desmanes de la incertidumbre. El reloj marca las cuatro de la mañana, esa hora en que tus sentidos se confunden y no sabes si la noche sigue o si el día hace su puesta en escena. Margot y Luis, tras esperar tres o cuatro horas -no lo recuerdo bien- escuchan una noticia que determina el advenimiento de un nuevo ser al mundo. Es de las peores noticias se le pueden dar a unos padres que esperan con tantas ansias la llegada de su pequeña.

Casi sin ninguna clase de pudor, el doctor habla de una anomalía en la vida que hasta ahora termina de gestarse. Dice que es un daño congénito, que la niña viene con problemas. Luis, desesperado, escucha la noticia y lo primero que pasa por su cabeza es cómo impedir que su pequeña que ni siquiera ha nacido, pierda la vida. A su derecha se encuentra Margot; ella llora desconsolada mientras suavemente acaricia su barriga y se aferra tanto a la esperanza como en todos esos momentos en que la vida se pone a prueba.

Mientras tanto, el doctor respira, baja un poco la cabeza, y de nuevo sube la mirada. Comienza explicando de la manera más sencilla posible en qué consiste la patología y empieza a dar las indicaciones con respeto a lo que se deberá hacer. Luis y Margot escuchan atentamente las indicaciones del doctor; los dos están dispuestos hacer todo lo que esté en sus manos, y lo que no.

El Dr. Velásquez señala que deberán viajar antes del nacimiento de la niña, para que al nacer se le practique una cirugía; luego, anuncia que ésta será la única posibilidad de hacer algo por su bebé. Remite el caso a otras personas en Bogotá, pues confía que la atención será mejor y estarán los equipos especializados, el personal médico necesario para realizar la cirugía.

El procedimiento que se le va a realizar a la niña, será en uno de los recintos fríos y plagados de súplicas y oraciones de la capital colombiana, aquel lugar en donde una vida más o una vida menos y sus complicaciones, casi que pasan desapercibidas entre personas que naufragan en la monotonía de sus cotidianidades. Margot y Luis deberán viajar con urgencia a más tardar el 9 de Abril.

6:00 p.m. Una vez controlada la situación, cuando han cesado los dolores y no las preocupaciones, Margot y Luis se dirigen hacia su casa, en donde son esperados por sus tres hijos y la madre de Luis.

No hay nada peor que la excesiva imaginación en momentos de incertidumbre, la imaginación y la crisis son los protagonistas. - Pero, cómo no tener esos pensamientos, si nunca hemos aprendido a pensar en situaciones esperanzadoras y dadoras de vida-. ¿Qué se debe cambiar para que ello sea distinto?

Llegan, saludan, y actúan como si nada pasara. Son las 7:30 p.m., y Modesta, la abuela, ha preparado la cena. Ella los invita para que coman algo antes de dormir y cuando todos se encuentran en la mesa disponiéndose a comer, Margot no puede contener las lágrimas y en un intento fallido de ocultar lo que estaba pasando, la noticia escapa del silencio. En vista de las circunstancias, deciden comunicar la noticia, las esperanzas y lo que es necesario hacer para que la pequeña sobreviva.

Modesta está desconcertada y no le queda más que unirse al llanto de Margot. Por su parte, Sebastián, el hijo más pequeño, se acerca a su madre y con un gesto de inocencia pregunta qué pasa; y como es habitual en las familias que intentan esconder las noticias que hacen tambalear al núcleo familiar, no obtiene respuesta, pues su madre y su padre no tienen los recursos suficientes para demostrar la realidad.

Él es todavía muy pequeño para entender, tan solo tiene cuatro años. ¿Estás bien mami?, pregunta de nuevo y no consigue respuesta. Luis se acerca, toma al niño de la mano y le dice que su madre solo tuvo un mal día, que no pasa nada, que no hay nada de qué preocuparse. Andrea, la hija mayor de esta pareja, observa el

momento y decide alejar al pequeño de este momento. Ven Sebastián, vamos arriba a jugar.

Las horas pasan rápido, ya se acerca la hora de dormir. Después de conversar por mucho tiempo, deciden ir a descansar o a lo que queda del intento.

Martes 6 de abril. Margot pudo conciliar dos o tres horas de sueño en toda la noche. Luis no ha dormido nada. La noche no fue descanso para nadie y el sueño, un intento ingenuo por olvidar lo inevitable. Son las 6:00 a.m. Luis y Margot se encuentran en pie, solo tienen dos días antes de viajar y cada uno innumerables tareas por hacer. Como es habitual en la clase media de este país, necesitan dejar todo organizado antes de su viaje, necesitan dar cuenta para dónde y por qué deben abandonar sus obligaciones, casi que rogando por conseguir el permiso de sus superiores.

Luis y Margot son padres de tres hijos más. La mayor, Andrea; el del medio, David; y el menor, Sebastián. Andrea, de 20 años, está en capacidad de saber lo que está pasando. Se pone al frente del cuidado de sus hermanos menores. Luis y Margot deciden dejarlos en la supervisión de su hija Andrea junto con la abuela de todos y de todas.

El día del viaje se acerca, y no saben cuál será el costo de la cirugía. Luis y Margot, en un acto de amor y entrega absoluta deciden dejar listas las escrituras de la casa, pues si el costo de la cirugía supera lo presupuestado, se deberá proceder a vender la casa con el único fin de salvarle la vida a su niña. Es el juego del todo vale, en el cual, nada distinto a la vida es sagrado, aquel momento en donde podríamos reflexionar como sociedad que detrás de todo lo que acumulamos y las superfluas necesidades que nos crea la cultura, no tienen valor en comparación a la vida.

Jueves 9 de Abril. Como es de costumbre, toda la familia se dirige hacia el aeropuerto a despedirlos. El vuelo hacia Bogotá está programado a las 10:00 a.m. Luis y Margot, previniendo cualquier inconveniente, llegan unas horas antes, comen algo y se organizan para viajar, para afrontar lo que la vida les tiene preparado. Siempre va a tratarse de una lección dispuesta a enseñar lo necesario a cada persona; una nueva experiencia que va a tener sentido una vez llegue a su fin.

Ya son las 9:00 a.m. Tienen que embarcar, antes de irse lejos y estar mucho tiempo alejados de sus demás hijos, Luis y Margot se despiden emotivamente, pues para todo hay una primera vez, la primera vez que se alejan del confort, del vínculo, de los apegos. Margot se despide del más pequeño, le dice que mamá no se demora, que su hermanita ya quería verlo y para ello tenían que viajar. Luis hace varias recomendaciones a su hija Andrea y a su madre; se despide de sus hijos David y Sebastián y finalmente embarcan.

El viaje es tenso. ¿Qué se puede pensar en un recorrido de 45 minutos naufragando entre las nubes, en la mitad de la nada? Ninguno de los dos cruza palabra, cada uno se encuentra y se vuelve a perder entre sus pensamientos. Luis tiene claro que está haciendo todo lo que se encuentra entre las posibilidades humanas para luchar por su hija. Margot por su parte es una mujer muy creyente... Encomienda a su hija en manos de Dios, el Dios que aparece cuando la ciencia es incierta.

Lunes 10 de Abril, 7:30 a.m. Margot se dirige a cumplir la cita que indica el progreso de la pequeña. Los médicos no tienen buenas noticias, la frecuencia cardiaca no es normal. El doctor se levanta, examina los latidos cardiacos de la bebé y le dice a Margot que se le deberá programar una cesárea, acuerda la fecha y finaliza la cita con una condena de espera que más o menos sería de un mes.

Cuando Margot sale del consultorio, siente la entre pierna húmeda. La vida te enseña que es cuando a ella se le antoje. Preocupada, se regresa al consultorio y le cuenta lo acontecido al médico. Este, inmediatamente le pide que se recueste en la camilla, la examina y se da cuenta que Margot rompió fuente, está dilatada a punto de dar a luz, de honrar la vida con el dolor necesario. El doctor comunica a Margot que el parto deberá ser por cesárea, ya que un parto normal, por las condiciones débiles del corazón de María José, sería muy arriesgado -perdonarán el nombre, da mucho que decir de las creencias de mi familia—. Margot, aterrorizada, llama a su esposo, le pide que traiga consigo la maleta de la bebé. Angustiado, Luis sale de su casa, se dirige a la clínica Cardio Infantil de Bogotá.

Luis llega justo a tiempo para el momento del nacimiento. Los médicos dan poca esperanza de que la niña sobreviva, pero a pesar de todos los pronósticos, la bebé tuvo vida... Todavía me pregunto por qué. El parto es por cesárea. Duró apenas el tiempo prudente, la bebé nació con un peso muy bajo (2000 gramos). Apenas sale del líquido que la abrigó durante aproximadamente ocho meses y al hacer contacto con el pecho de su madre, un pecho agitado, lleno de emoción indescriptible, comienzan a llamarla María José.

El momento es perfecto, Margot siente que todo está bien, que la fe puede mover montañas. Pero a pocos minutos de sentir a su pequeña viva, las contradicciones se hacen presentes. Sus signos vitales son débiles. Margot, con las pocas fuerzas que puede tener una mujer después de parir, agobiada, llora con el más profundo y honesto sentimiento. Los médicos en su labor, hacen lo posible por mantener en marcha el corazón de la criatura. Después de establecer sus signos vitales, le llevan a la incubadora, avisan a los padres que la operación se debe adelantar; María José no podrá luchar por mucho tiempo para conservar su vida. Preparan el quirófano, Margot pide ver a su pequeña, no es recomendable, ella acaba de tener una cirugía, pero el amor hacia su hija le gana a cualquier dolor. La llevan hacia la incubadora en una silla de ruedas, Margot la ve tan pequeña y frágil que no puede dejar de llorar. Entre lágrimas le reclama a Dios por su devoción y por como él se lo ha recompensado. La mira a los ojos, traspasa los vidrios y le dice al oído cuanto la ama, un pacto para vivir, un juramento único, que hasta ahora, solamente ellas dos conocen. -Nunca voy a olvidarte mi niña, si resistes no dudes de que eres el amor más puro. Hoy no solo puedo decir que te he parido, todo lo contrario, hoy tú me has parido a mí-.

2:00 p.m. María José entra a cirugía. Todo en aquella sala se podría describir como una orquesta, en la que el personal médico danza con tanto rigor y exactitud para que María José pueda conservar su vida. Después de cinco largas horas, la operación es exitosa.

Hoy es el día, un corazón palpitante y miles de sueños encarnados en posibilidades. Una crónica de una vida anunciada.